

LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA, SEGÚN *LAUDATO SI'*¹

Ciro Quispe López

Seminario Arquidiocesano San Antonio Abad del Cusco

Resumen:

En estas últimas décadas, un nuevo pobre ha surgido entre nosotros. Un nuevo pobre a causa de nuestras injustas y equivocadas acciones. Un nuevo pobre a quien paradójicamente la denominamos *madre tierra y hermana tierra*. La causa principal se esconde detrás de las deterioradas relaciones, entre los hombres y con la naturaleza. Así como los pobres claman hoy justicia, del mismo modo la madre tierra grita y protesta por una mejor atención. Estamos desgastando irracionalmente los recursos de la madre tierra y la afectada no es ella sola sino todos los hombres que vivimos de ella, tal como lo perciben en primer lugar los pobres del planeta. Por eso, urge reconstruir las bases de una nueva antropología no desviada por medio de una profunda y sincera 'conversión ecológica' y una 'espiritualidad ecológica'. Esta nueva mística debe difundirse entre todos para replantearnos no solo los paradigmas tradicionales como *progreso, desarrollo, economía, paz*, entre otros, sino también nuestro trato con el planeta tierra; solo así podremos erigir *un hombre nuevo* que tenga en cuenta el prójimo y la naturaleza. La encíclica del Papa Francisco (2015), *Laudato si'*, propone las bases, mejor dicho, las «virtudes ecológicas» para esta nueva antropología humana que debe mirar también a las próximas generaciones.

Palabras clave:

Ecosistema, relación, conversión ecológica, espiritualidad ecológica, *Laudato si'*.

¹ Conferencia dada en el *Foro Internacional de Ciencias Sociales Cambio Climático. Desastres y Gobernanza* realizado en Cusco del 2 al 5 de agosto de 2017.



The Ecological Conversion of *Laudato si'*

Abstract:

In recent decades, a new kind of poor has emerged among us. A new poor because of our biased and mistaken actions. A new sort of poor whom we paradoxically label as mother earth and sister earth. The main cause is hidden behind deteriorated relationships, between humans and nature. In the same way the poor claim nowadays for justice, mother earth claims and cries for a better treatment. We are irrationally wearing away all mother's earth resources, but she will not become the only affected one. This situation involves any of us and we will perceive it just as the poorest are already being affected by it. Therefore, it is compelling to reconstruct the foundations of a new anthropology, led by the principles of a deep and sincere 'ecological conversion' and an 'ecological spirituality'. This new mystique should spread abroad in such a way we rethink not only the traditional paradigms such as progress, development, economy, and peace, but also rethink our compromise with the planet. Only in this way, we can raise a new human who bears in mind his neighbor and nature. The encyclical of Pope Francis (2015), *Laudato si'*, proposes the bases, or rather, the «ecological virtues» for this new human anthropology of which further generations should be part of.

Keywords:

Ecosystem, relationship, ecological conversion, ecological spirituality, environment.

Ciro Quispe López

Miembro del equipo de formadores y actualmente Director de Estudios del Seminario Arquidiocesano San Antonio de Abad de Cusco. Estudió teología en la Pontificia Universidad Gregoriana. Fue profesor en la Facultad Pontificia y Civil de Lima y en la universidad Sedes Sapientiae. Es magister en filosofía y doctor en teología bíblica con interés en temas sociales, éticos y ecológicos.

Correo: ciroql@gmail.com

«El pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo,
orienta una acción transformadora»
(Francisco 2015)

Introducción

La fe revolucionaria que el Papa Francisco está contagiando a la sociedad laica contemporánea, a los cristianos esparcidos por todo el orbe y a los hombres de todos los tiempos, se encuentra sintetizada de una manera muy legible en los tres principales documentos publicados durante su pontificado: en las dos exhortaciones apostólicas, *Evangelii Gaudium* (Francisco 2013b) y *Amoris Laetitia* (Francisco 2016), y en su, llamémosla así por ahora, única encíclica *Laudato si'* (Francisco 2015). Estos tres textos contienen su pensamiento cotidiano, o dicho de otro modo, revelan cuál es una de sus principales y serias preocupaciones que influyen en su manera singular de actuar. Se trata del problema del cambio climático y sus dolorosas consecuencias que se observan por doquier y de modo más patente en los últimos tiempos. Esta preocupación ha sido plasmada de una manera estructurada en su única encíclica. Es tiempo, por ello, de tomar en serio el cuidado de nuestra *casa común*; responsabilidad de la cual nadie debería mostrarse indiferente y que involucra a todos, desde las altas esferas hasta al ciudadano común y corriente. Así fue como el *Papa ecológico*, al inicio de su pontificado y delante de los cientos de periodistas de todo el mundo, lo dio a entender mientras explicaba el significado eclesial del insólito nombre que había elegido y su relación con el problema ecológico: He elegido el nombre de Francisco, dijo el primer papa latinoamericano, porque «es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah! ¡Cómo quisiera una Iglesia pobre para los pobres!» (Francisco 2013a).

En estas últimas décadas, un nuevo pobre ha surgido entre nosotros. Un nuevo pobre a causa de nuestras injustas y equivocadas acciones. Un nuevo pobre a quien el Papa latinoamericano le llama curiosamente *madre* y *hermana*. Se trata de la *tierra*, de *nuestro planeta*, de nuestra *casa común*. Igual que los miles y millones de pobres esparcidos por el mundo, arrinconados en las áreas periféricas de descarte, también la hermana tierra ha sufrido y sufre innumerables injusticias, distintos tipos de explotación descomunal y una

relación irracional de parte del hombre moderno. «Estas situaciones [afirma el Papa] provocan el gemido de la hermana tierra que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo» (Francisco 2015: n. 53);² porque, continúa el Papa Francisco con un tono que suena más a un nuevo e inédito examen de conciencia, «nunca hemos maltratado y lastimado nuestra casa común como en los últimos dos siglos» (2015: n. 53). Por eso plantea que cada habitante de la tierra necesita realizar una nueva, profunda y seria conversión personal que tenga en cuenta incluso el mismo planeta tierra; solo así, cada habitante de hoy y del futuro, mirará con esperanza el planeta del mañana y se esforzará a dejar un mundo mejor.

Se ha encendido, de este modo, junto a muchos otros defensores de la ecología, otra luz roja indicando la alarma ecológica. Es la alerta a la humanidad de parte de la Iglesia. A diferencia de los pobres que casi siempre soportan tantas injusticias, la tierra maltratada, en cambio, no soporta ni soportará al infinito las injusticias de los hombres. La hermana tierra tiene otra manera de responder, muy distinta a la queja de los pobres e incluso a la protesta de Dios. Porque —como advirtió de manera genial y sencilla el Papa argentino— «Dios perdona siempre, el hombre perdona a veces, en cambio la naturaleza no perdona nunca» (Francisco 2014).

Necesitamos un nuevo tipo de conversión, ha sugerido el Papa Francisco, la cual solo será fruto de un nuevo diálogo o de una «[...] solidaridad universal nueva» (2015: n. 14), si queremos salvar nuestra casa común. Y lo interesante de esta invitación es que no va dirigida solo a un grupo determinado de personas, los cristianos, que son obviamente los primeros destinatarios del clamor del Papa, sino también —retomando las palabras de Juan XXIII— a «todos los hombres de buena voluntad» (Francisco 2015: n. 3). Es más, su invitación se extiende a un grupo mucho más universal, como nunca antes se ha registrado en una encíclica pontificia: a «[...] cada persona que habita este planeta» (Francisco 2015: n. 3) o los que viven de la madre tierra. Todos sin excepción, creyentes o no creyentes, ricos y también pobres, los que viven en el norte y los que se mueven en el sur, los ciudadanos de los países industrializados y los pobladores de los países pobres, los consumistas insatisfechos y los sedientos de oportunidades, las autoridades que son los dueños del futuro de los pueblos y los marginados que no cuentan en los balances económicos. Para todos suena la alarma y la invitación a una nueva conversión. Sin embargo, para ser justos, hay que añadir otros destinatarios, implícitos pero presentes en la encíclica: los hijos del futuro, la próxima generación. Entre ellos y nosotros hay un

² Nota del editor: la encíclica *Laudato si'* sigue el uso eclesiástico de numeración de cada párrafo o parágrafo. Las citas textuales de este y otros documentos oficiales de la Iglesia a los que se hace referencia en este artículo consideran este tipo de numeración y no la numeración por página.

vínculo incuestionable y una responsabilidad compartida. Por eso, la pregunta improrrogable que suena a un nuevo tipo de principio de responsabilidad: ¿Qué planeta heredarán las próximas generaciones?, ¿qué mundo quieres dejar a tus hijos? (Francisco 2015).

El problema ecológico es, entonces, un problema de todos. De los hombres de hoy y de mañana. Asumir este nuevo reto es una nueva opción por lo pobres, porque, como dice el documento, la opción por los pobres es ahora la opción por la tierra y porque el grito de la tierra es el grito de los pobres (Francisco 2015, 2013b). Los pobres y la tierra deben ser liberados del nuevo concepto de desarrollo que aniquila su existencia (Boff, 2011). Este es el nuevo imperativo categórico si queremos salvar el planeta y si queremos dejar un mundo mejor. Para eso, debemos en primer lugar *escuchar* —sí, así es y así nos exhorta el Papa Francisco— «[...] escuchar *tanto el clamor [grito] de la tierra como el clamor [grito] de los pobres*» (2015: n. 49). No podemos ser indiferentes ante este grito, porque, como señala, «Basta mirar la realidad para entender que esta opción es una exigencia ética fundamental para la realización efectiva del bien común» (2015: n. 158). Y el bien común es nuestra *casa común*, de la cual dependemos nosotros y los que vendrán (Habermas y Ratzinger 2008).

Detrás de estas palabras proféticas que aparecen en la primera encíclica del Papa Francisco se vislumbra el itinerario pastoral del pueblo latinoamericano, de lo que el lector atento se dará cuenta inmediatamente al leer las casi doscientas páginas. Durante muchos años, la Iglesia y los cristianos caminaron y se comprometieron con los hombres, con la promoción humana, con el bien común. Denunciaron, además, las tremendas injusticias sociales, y propusieron al mismo tiempo, una teología cristiana que responda a las vicisitudes cotidianas de los pobres. Así es como se puede constatar en los distintos documentos que han producido los obispos latinoamericanos, desde Medellín (1968), pasando por Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), hasta llegar a Aparecida (2007), donde Mario Bergoglio presidió la comisión de redacción de este documento. *Laudato si'* recoge, entonces, el sentir de una Iglesia periférica, y da voz —y esta es otra novedad— a otras conferencias episcopales también periféricas, como Filipinas, Nueva Zelanda, Japón, Australia, África del Sur, Patagonia-Comahue, Argentina, Paraguay, Bolivia, República Dominicana, el Caribe, México, entre otras. Escucharnos es hoy una necesidad imperiosa, igual que el diálogo. Porque el problema ecológico es también una preocupación seria de los pueblos pobres y de las iglesias periféricas. Y no solo de ellos. Están en fila, ya desde hace tiempo, muchos pensadores, científicos, filósofos, escritores, políticos, católicos, protestantes y laicos; muchas organizaciones sociales y millones de activistas conscientes por los problema que genera del cambio climático y el cuidado que requiere nuestra casa común, donde los más pobres sufren inmediatamente las nefastas consecuencias (ONU 2009).

1. Finalidad de la encíclica *Laudato si'*

Antes de detenernos en los temas fundamentales y la nueva doctrina que propone el Papa Francisco, es necesario subrayar la precisa finalidad de esta encíclica: los que habitan este planeta requieren practicar una urgente y necesaria *conversión ecológica*, la cual forjará entre los habitantes que viven y vivirán de la madre tierra una «espiritualidad ecológica». Porque los hombres y la naturaleza necesitan, hoy más que antes, de una nueva mística, que encauce las relaciones con el medio ambiente.

1.1 Conversión ecológica

La crisis ecológica y las consecuencias dramáticas del cambio climático nos piden a gritos una profunda *conversión interior*. Pero ahora esta conversión posee otro matiz mucho más preciso. Se trata de una «[...] *conversión ecológica*» (Francisco 2015: n. 217). El Papa Francisco reutiliza una famosa expresión de Juan Pablo II (2001), fuerte y original, que había caído casi en desuso. No se trata de una conversión espiritual o una conversión pastoral, como normalmente se oye en la pastoral cristiana. Necesitamos convertirnos a la ecología, todos sin excepción (Viale 2011; Marcon 2015). Así como el hombre ha quebrado su relación con Dios a causa del pecado, del mismo modo la humanidad ha resquebrajado gravemente su relación con la naturaleza, tratándola como un simple objeto de explotación, especialmente en estas últimas décadas. Porque «[...] el hombre ha devastado sin vacilación llanuras y valles boscosos, ha contaminado las aguas, ha deformado el hábitat de la tierra, ha hecho irrespirable el aire, ha alterado los sistemas hidro-geológicos y atmosféricos, ha desertizado espacios verdes, ha realizado formas de industrialización salvaje, ha humillado el “jardín” de Dios que es la tierra» (Juan Pablo II 2001). Actuando así, «ha defraudado las expectativas divinas» (Francisco 2015: n. 61) y ha dañado la casa de todos.

Pero, ¿qué significa *conversión ecológica*? Eco-logía, no es sino el estudio de las relaciones de los seres vivos entre sí y con el medio en el que viven; y *conversión*, de acuerdo con la tradición cristiana, proviene del griego bíblico *metanoia*. Este término, *metanoia* o *metanoesis*, que es la primera palabra que Jesús pronunció al iniciar la construcción de su nuevo Reino (Marcos 1,15), posee una connotación interesante: *meta* significa ‘cambio’ y *noesis* ‘mente’. Conversión significa, entonces, ‘cambia tu manera de pensar’; que no es tan simple. La conversión ecológica pide, entonces, cambiar nuestra manera de pensar y actuar con relación al hombre y a la naturaleza, sobre todo con relación a la madre tierra que clama por más cuidado. Se trata de una nueva conversión y de un nuevo compromiso en el ámbito personal y comunitario,

La nueva *conversión ecológica* a la que nos invita *Laudato si'* tiene un lado subjetivo, ético y personal, y un lado objetivo, social y estructural. Es decir, como toda conversión posee una connotación teórica y otra práctica; caso contrario, no se entiende esta conversión, que incluso enfatiza más la cuestión práctica (Francisco 2013; Xalxo, 2017). Dicho de otro modo, la conversión ecológica pide un *nuevo estilo de vida* (Francisco 2015), personal y comunitario. Un estilo de vida que replantee las viejas y habituales costumbres, desde el sentido del trabajo cotidiano hasta el sentido de la felicidad perenne. Necesitamos encontrar nuevos paradigmas, nuevos modos de entender la economía, nuevas maneras de participación social, nuevas formas de gobierno, nuevas formas de hacer política y nuevos conceptos sobre la noción de desarrollo, progreso y felicidad (Francisco 2015). La *conversión ecológica* es una nueva doctrina y es además una nueva actitud profética que denuncia y anuncia. Esta voz surge desde la periferia urbana mundial, desde las periferias desatendidas en las grandes metrópolis y desde las periferias rurales que se van secando a causa del cambio climático. No es un sector que no te incumbe, todo lo contrario. Todo está en relación. La vida es responsabilidad de todos. Necesitamos urgentemente que:

[...] cada uno se arrepienta de sus propias maneras de dañar el planeta [dijo hace algunos años el Patriarca Bartolomé de Constantinopla] porque, “en la medida en que todos generamos pequeños daños ecológicos”, estamos llamados a reconocer “nuestra contribución —pequeña o grande— a la desfiguración y destrucción de la creación”. Sobre este punto él se ha expresado repetidamente de una manera firme y estimulante, invitándonos a reconocer los pecados contra la creación: “Que los seres humanos destruyan la diversidad biológica en la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todos estos son pecados”. Porque “un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios”.

[...] [Por eso es urgente vivir y practicar la conversión ecológica, cambiar nuestra manera de pensar y actuar con relación a la naturaleza] porque de otro modo afrontaremos solo los síntomas [que aquejan gravemente nuestra hermana tierra]. [...] pasar del consumo al sacrificio, de la avaricia a la generosidad, del desperdicio a la capacidad de compartir, en una ascesis que “significa aprender a dar, y no simplemente renunciar [...]” (Francisco 2015: n. 8-9).

1.2 Espiritualidad ecológica

«[...] La humanidad necesita cambiar» (Francisco 2015: n. 202), recalca preocupado el Papa ecologista; y solo una verdadera, consciente y personal *conversión ecológica* es capaz de generar una *metanoia ecológica*. No se trata de una exhortación pía dirigida a unos cuantos creyentes; es la súplica que hace a todos los que habitan en este planeta. Hemos dañado demasiado, en estos últimos tiempos, nuestras relaciones y nuestra relación con el medio ambiente. Por eso, necesitamos urgentemente replantear nuestras relaciones y re-pensar en una seria y profunda *reconciliación con la creación*; «[...] debemos examinar nuestras vidas y reconocer de qué modo ofendemos a la creación [...]», dijeron también preocupados los obispos australianos (Francisco 2015: n. 218); la ofendemos todos, en forma personal y comunitaria, por eso reacciona el planeta como se observa de modo patente en los bruscos cambios climáticos.

La invitación, hay que repetirlo, es para todos los hombres que habitan este planeta, creyentes y no creyentes, ricos y pobres. Necesitamos urgentemente construir y vivir una nueva espiritualidad. Y esta espiritualidad —invita el Papa— consiste en una *espiritualidad ecológica*, que significa pasión por el cuidado de la casa común, búsqueda de una armonía solidaria y justa entre los hombres y con todo lo que nos rodea. Significa también cuidar el presente y velar por el futuro, o sea, cambiar nuestra manera de pensar hacia el otro y hacia la naturaleza. Estas son las características de esta nueva mística. Ser conscientes de nuestro origen común, todo y todos dependemos de todo y de todos, y el futuro del planeta y el futuro de las próximas generaciones dependen de nuestros actos de hoy (Francisco 2015; Viale 2011).

La espiritualidad ecológica no es una simple actitud mística de conexión. La nueva espiritualidad ecológica posee algunas características específicas, como lo señala el primer Papa latinoamericano. En primer lugar es importante aprender que «menos es más» (Francisco 2015: n. 222). El verdadero ecologista vive con sobriedad. No se obsesiona por el consumo, caso contrario maltrata la vida en todas sus formas, del hombre y de la naturaleza (no se puede vivir comprando dos o tres celulares cada año, pues, a este ritmo, ¿cuánto soportará el planeta?). El ecologista testifica un nuevo estilo sobrio de vida, valorando al otro y a la naturaleza. Vive y goza con lo útil y lo necesario; pues una vorágine consumista y un tecnicismo materialista corroen el planeta. Como señala la encíclica, la sobriedad no solo es signo de libertad, es liberadora. Por eso, una actitud contraria, como se observa entre los países industrializados, crea desequilibrios entre las personas y con la naturaleza, altera la salud humana y deteriora los ecosistemas. Debemos aprender a vivir en una justa sobriedad, que significa, en primer lugar, la paz

con uno mismo. La paz es mucho más que ausencia de guerra, afirma el Papa Francisco: «La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida» (Francisco 2015: n. 225).

Esta nueva espiritualidad, por otra parte, como cualquier otra espiritualidad posee una serie de virtudes, en este caso, «*virtudes ecológicas*» (Francisco 2015: n. 88), que no solo debemos conocer sino practicar. Estas virtudes —como ya se dijo— constituyen el nuevo imperativo categórico de la humanidad; no son virtudes que benefician solo tu vida sino la de todos. Así como uno cuida su vida, con buenos ejercicios, buena alimentación y buena dosis de trabajo y descanso, del mismo modo, debemos cuidar el medio ambiente y lograr una convivencia equilibrada. Esto es *ecología integral*. El amor al prójimo es también ahora amor a la naturaleza y la práctica de las nuevas virtudes ecológicas optimizará este amor. Solo así podremos construir lo que el Papa Francisco denomina una *fraternidad universal* (Francisco 2015: n. 228).

La nueva *espiritualidad ecológica* es fruto, repitémoslo, de una sincera *conversión ecológica* que involucra a todos. No se trata de una opción más en nuestras múltiples elecciones pías, sino todo lo contrario. Es el imperativo espiritual para nuestro tiempo, si se quiere vivir bien en y con este planeta y si se desea dejar un mundo más vivible para las próximas generaciones.

1.3 Los siete temas fundamentales de la *Laudato si'*

En la nueva relación con la naturaleza prevalece el diálogo, porque la preocupación por la *casa común* es trabajo de cada uno, en forma personal y comunitaria, de la sociedad civil y de la comunidad internacional, y viceversa. Caso contrario, las graves patologías harán metástasis en nuestro planeta con consecuencias irremediables, dañando en primer lugar la vida de los más pobres del planeta. Por eso, para salvar nuestro hogar común, *Laudato si'* nos propone edificar una nueva espiritualidad ecológica, que tenga en cuenta siete virtudes (temas) principales que debemos conocer, reflexionar y practicar (Francisco 2015).

a) **Existe una relación íntima entre los pobres y la fragilidad del planeta**

Son los pobres los que más sufren el problema del cambio climático. «Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, [...] difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza» (Francisco 2015: n. 117), pues

todo se encuentra en íntima relación, afirma *Laudato si'*. Un antropocentrismo desviado generará una ecología desviada, la cual producirá a su vez un estilo de vida desviado, como se observa por doquier (Francisco 2015; White 1967). Como señala la encíclica, en este mundo donde prevalece el capitalismo salvaje, los pobres aparecen como un objeto más, instrumento de explotación y en el peor de los casos se convierten material de descarte (Francisco 2015; Chiavacci 1986). Sucede lo mismo con la hermana tierra. La explotación irracional de los recursos, para satisfacer una sociedad consumista y utilitarista, está desgastando irremediabilmente la naturaleza. Maltratando la naturaleza, maltratamos directamente a los pobres, que son los principales damnificados; la aridez de las tierras, la desglaciación, el problema del agua, la basura, la contaminación ambiental, la injusticia social, los problemas socio-ambientales afectan en primer lugar a los pobres, ya sea en las zonas rurales como en las periferias de las grandes metrópolis.

Muchos países en vías de desarrollo se están convirtiendo, por ejemplo, en basurero de los países industrializados. La basura que entra en los países pobres a través de la compra de autos usados, de las multinacionales, de la cadena Mc Donalds, de la basura electrónica, dañan gravemente el ecosistema regional. El Perú produce menos basura que un país industrializado y es uno de los países que menos contamina el medio ambiente, sin embargo es el tercer país más afectado por el cambio climático a nivel mundial, como ya se constata en la penosa desglaciación de sus nevados, en el calentamiento de mar y sus consecuencias desastrosas como el terrible fenómeno del Niño que arrasó miles de viviendas y tierras de cultivo durante este año.³

b) Todo el mundo está íntimamente conectado

Los científicos, sobre todo los físicos, han descubierto con mayor claridad que todo, desde los átomos y las partículas subatómicas hasta los sistemas orgánicos y planetarios, están íntimamente relacionados. La relación es el principio de supervivencia; por eso, medio ambiente significa relación, lo mismo que ecosistema. En ese sentido, una verdadera espiritualidad ecológica se preocupa por las *relaciones* en sus distintas dimensiones (Körner 2017); como la ecología económica (mira el desarrollo sin descuidar el medio ambiente), la ecología social (tiene en cuenta la familia en relación con la comunidad, la nación y el mundo internacional y viceversa), la ecología cultural (evita que el consumismo y el capitalismo degeneren al pueblo y sus costumbres antiguas), la ecología cotidiana (tiene en cuenta incluso que compras y donde compras) y la ecología integral que mira el bien común.

«[...] todo está conectado», naturaleza y sociedad, insiste el documento pontificio (Francisco 2015: n. 138). Esta verdad hoy se entiende mejor. «No hay dos crisis separadas una ambiental y la otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental», nos advierte *Laudato si'* (Francisco 2015: n. 139). Basta mencionar algunos ejemplos. Nuestras ciudades, por el afán de desarrollo y plagadas de indiferencia, como Cusco y otros lugares, se va desbordando en las periferias, aniquilando los futuros parques posibles y desapareciendo las tierras de cultivo. Sucede lo mismo con el consumo; nadie sabe qué compra o qué consume: hace poco, nos dimos cuenta, que en el Perú tomábamos leche que no es leche. También el efecto de invernadero provocado por las causas artificiales proveniente de los países industrializados están causando la desglaciación de nuestros nevados: ya no hay Cordillera Blanca, se estima que para el 2030 desaparecerán nuestros glaciares que están debajo de los 5.000 m.s.n.m. Y nadie protesta en nuestras regiones.

c) Los nuevos paradigmas de desarrollo y las formas de poder (derivados de la exaltación de la tecnología) son problemáticos y criticables

Necesitamos —afirma claramente el documento pontificio— «cambiar el modelo de desarrollo global» (Francisco 2015: n. 194), pero también requerimos discutir una nueva forma de entender la política, como forma de poder; en este sentido, urge replantearse los mecanismos de la democracia, por ejemplo. Por otro lado, la tecnología ha llegado a ser casi el único instrumento de relación con la naturaleza e incluso entre los mismos hombres. Son loables y admirables los avances científicos tecnológicos que solucionan distintos problemas del ser humano, señala el Papa Francisco (2015); la tecnología mejoró la vida humana creando una infinidad de aparatos médicos, optimizó las energías limpias y renovables, alentó asimismo distintos sistemas de reciclaje y formas creativas de reutilización de materiales, sin embargo, su absolutización va creando efectos irreparables en la naturaleza y en el hombre (Helpman, 1998). Por ejemplo, «[...] muchos pájaros e insectos que desaparecen a causa de los agrotóxicos creados por la tecnología son útiles para la misma agricultura, y su desaparición deberá ser sustituida con otra intervención ecológica, que posiblemente traerá nuevos efectos nocivos» (Francisco 2015: n. 34).

Las innovaciones tecnológicas crean también desocupación laboral como sucedió siglos atrás con la revolución industrial, mientras que la excesiva producción tecnológica va desgastando aceleradamente la naturaleza. El planeta no puede sostener, por ejemplo, que una persona cambie su celular varias veces al año y tantos otros aparatos, como los electrodomésticos, automóviles, entre otros, sobre todo los que requieren de materia prima. Tenemos que

desacelerar la producción y el consumo tecnológico y en cierto modo también las investigaciones, como está sucediendo con el debate sobre la inteligencia artificial. Por estas razones, hoy es importante replantearse el sistema político de gobierno, las formas actuales de poder y una manera nueva de entender la democracia.

En el siglo pasado, donde se habló tanto de democracia a nivel internacional y regional, la diferencia entre ricos y pobres se polarizó más que en cualquier otro sistema de gobierno. Son muchísimo menos los ricos del planeta. En el Perú, según las cifras de 2016, se calcula que 27 familias poseen el 40 % de toda la riqueza. Por eso es importante entender que la democracia y otros paradigmas políticos no son absolutos; también necesitan reciclarse. Necesitamos educarnos y plantear un nuevo sistema político y democrático, y un nuevo concepto de poder, que tenga en cuenta «la modificación del consumo, el desarrollo de una economía de residuos y de reciclaje, la protección de especies y la programación de una agricultura diversificada con rotación de cultivos» (Francisco 2015: 139), el descanso sabático de la tierra, la protección de bosques, el control de alimentos, la eliminación de la comida chatarra y de los productos cancerígenos, etc.

Cambiando nuestra manera de pensar y de hacer política, alentaremos «[...] el mejoramiento agrícola de regiones pobres mediante inversiones en infraestructuras rurales, en la organización del mercado local o nacional, en sistemas de riego, en el desarrollo de técnicas agrícolas sostenibles. Se pueden facilitar formas de cooperación o de organización comunitaria que defiendan los intereses de los pequeños productores y preserven los ecosistemas locales de la depredación» (Francisco 2015: n. 180). Estos nuevos conocimientos deberían ir también de la mano con los conocimientos de nuestros antepasados. Cambiando nuestra manera de pensar sobre desarrollo y democracia, salvaremos nuestra casa común.

d) Crear nuevos modos de entender la economía y el progreso

Habría que replantearse, en los ambientes académicos, en los círculos intelectuales, en las relaciones interpersonales, en las redes sociales y en los debates políticos qué entendemos como ‘economía’, ‘costo-beneficio’, ‘política’, ‘desarrollo’, ‘bienestar’, ‘progreso’ y si se puede, ‘generosidad’, ‘felicidad’ y ‘paz’. Estamos arrastrando conceptos ya deteriorados que no han hecho sino crear inmensas brechas sociales y económicas, malograr el espíritu del hombre moderno tecnológico y maltratar irremediablemente la naturaleza. La crisis financiera mundial de hace diez años, por ejemplo, hubiera sido una buena ocasión para estudiar y replantear estos conceptos que dominan en la sociedad contemporánea. Pero no fue así, sino todo lo contrario; se afirmó la

economía por encima de todo. Los estados salvaron, sin mayor interpelación, el sistema bancario en bancarota; pero cuando se trató de la deuda externa de los países pobres, la reacción fue completamente distinta.

Por otro lado, este sistema económico mercantil no ayuda directamente a los campesinos agricultores sino casi siempre a los inicuos intermediarios. Parece que los cálculos económicos son las únicas verdades de la vida. Vivimos y nos educamos así. En el Perú, se vuelve un drama familiar si el hijo desaprueba en matemáticas; y el resto de materias escolares parecen subconocimientos. En este sentido, existe hoy un desequilibrio inconsciente entre economía y progreso. Los ciudadanos ilustrados de las metrópolis tienen poco tiempo para la familia, mientras que los campesinos rurales desconocen ciertas enfermedades letales del ciudadano urbano.

En tiempos de los incas, las zonas de cultivos eran protegidas. En la ciudad del Cusco, las zonas urbanas se construyeron en las zonas altas dejando todo el valle fértil para la agricultura. Ahora, en cambio, el progreso funciona al revés. Las áreas de cultivo, en esta misma ciudad y en el Valle Sagrado, y tantos otros lugares del país, son invadidas por enormes y desordenadas construcciones de cemento. Necesitamos de manera urgente que la política y la economía no se echen recíprocamente la culpa sobre la pobreza sino que dialoguen buscando soluciones (Francisco 2015). La política y la economía necesita también cambiar su manera de pensar (*metanoia*) y que a partir de allí eduquen al pueblo. Por ejemplo, que aprendan el valor de la sobriedad, que enseñen *nuevos estilos de vida*, que posean nuevos conceptos de desarrollo, entre otros. Porque el consumismo desenfrenado, el capitalismo salvaje, la absolutización de la tecnología y una democracia trastornada no hacen sino generar, como señala Francisco en la encíclica, una *cultura del descarte*, que deshumaniza nuestras relaciones y las relaciones con el planeta. En una cultura del descarte los pobres, los inmigrantes, los analfabetos, los enfermos, los ancianos, los discapacitados son también descartados. Urge, como ya se ha señalado, «cambiar el modelo de desarrollo global» (Francisco 2015: n. 194).

e) Cada persona tiene un valor propio

El problema del cambio climático es también un problema de una cierta visión filosófico-antropológica. ¿Qué tipo de antropología se debate en las universidades de nuestro país? ¿Qué tipo de antropología se enseña en las escuelas a los niños que son el futuro de la nación? También en este ámbito necesitamos replantearnos las categorías antropológicas y construir *un nuevo ser humano* (Francisco 2015). Es una nueva tarea global. No es una afirmación utópica, San Pablo lo logró en su tiempo.

Para salir de esta profunda crisis ecológica debemos reeducarnos en el concepto de relación. Todo está en relación, como plantea Körner (2017). No mejorará nuestra relación con la naturaleza si no se forma y construye *un nuevo ser humano*, afirma el Papa latinoamericano. Porque «[...] la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad [...]» (Francisco 2015: n. 119). Desde hace varias décadas, el antropocentrismo filosófico racional moderno se ha nutrido, entre otras cosas, de una antropología materialista que observa todo como si fuera un objeto.

El hombre no fue entendido sino como producto de la naturaleza, o peor, del azar; tanto el hombre como la naturaleza fueron vistos como objetos de explotación, «el trabajo dignifica al hombre», decían (Chiavacci 1986; Quispe 2013). También se ha nutrido, en cierto modo, de una inadecuada antropología cristiana (Francisco 2015). Muchos han leído e interpretado, basados en la tradición medieval del geocentrismo, las primeras páginas del libro del Génesis (White 1976). Dios no le dio al hombre la tarea de dominar y someter irracionalmente la naturaleza (Génesis 1,28). No lo puso como dueño absoluto del planeta; es solo un «administrador responsable» (Marcos 12,1-12), un inquilino temporal en la casa común. Pero el hombre olvidó esta verdad y se convirtió en *homo homini lupus* con su prójimo y con la naturaleza.

No existe una correcta ecología sin una adecuada antropología, nos advierte el Papa Francisco en *Laudato si'*. Cuando reconozcamos el valor del pobre, reconoceremos también el grito de la naturaleza. Hoy en día no escuchamos ni lo uno ni lo otro. La explotación de la naturaleza y del pobre no tiene parámetros ni leyes que la protejan como sucede con el sistema económico. Deforestamos la Amazonía y nos devoramos entre hombres. La trata de personas asciende a más de sesenta y seis mil personas en nuestro país, y según el INEI (2016) cerca de dos millones de niños y adolescentes trabajan en el Perú. Los vemos por todas partes: en los talleres informales y en las distintas tiendas comerciales, en las esquinas vendiendo periódicos y en los mercados tradicionales cargando bultos, cobrando en los microbuses o recogiendo basura, recolectando hojas de coca y trabajando en las chacras; se les ve también en situaciones mucho más graves como la prostitución infantil. Más de dos mil niñas, de lo que se sabe, denunciaron en 2016 este tipo de abuso. Para ellas, en el Perú, existe solo un albergue especializado con doce cupos. Escuchar el grito de la naturaleza es escuchar el grito del pobre y viceversa. Necesitamos urgentemente una conversión ecológica. Solo así podremos construir, entre todos, un *nuevo ser humano*.

f) La sociedad necesita debates sinceros y honestos sobre la ecología

No podemos negar que, a pesar de todo, hay gente anti-ecológica, explícita o implícitamente. Se mueven en distintos ámbitos, a nivel de las altas esferas políticas y como simples ciudadanos, sean irreligiosos o creyentes fervorosos. El Papa Francisco advierte y critica esta posición. Señala incluso un *mea culpa*. «Pero también tenemos que reconocer que algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo y pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son pasivos [...]» (Francisco 2015: n. 217), y andan desentendidos de los graves problemas ecológicos. Un ejemplo nítido lo tenemos en el presidente de Estados Unidos —y no solo él—, que no hace mucho decidió que su país abandone el Acuerdo de París sobre cambio climático. Su argumento principal fue la economía; de ese modo dio la espalda a más de cien países y muchos científicos que se esfuerzan sobre el asunto del cambio climático. La otra justificación para estos son sus argumentos, por ejemplo, sobre la materia prima y los recursos de la naturaleza, que los consideran ilimitados o que se regeneran constantemente.

Hace falta realmente una *metanoia* ecológica en todos los ámbitos. Por eso, *Laudato si'* crítica con fuerza la posición de estas cúpulas antiecológicas o sus aparentes preocupaciones. Critica incluso las cumbres mundiales sobre el medio ambiente, porque no respondieron a las expectativas ecológicas comunes. Nadie asume una responsabilidad concreta y tampoco existe una decisión política firme que haga cumplir eficazmente las decisiones interesantes de estas cumbres (Francisco 2015: 129). Para no ir muy lejos, el Perú es uno de los 15 países con mayor diversidad biológica en el mundo, sin embargo, no tiene una política clara sobre temas ambientales y sobre el cuidado del ecosistema. No olvidemos que somos el tercer país en el mundo que sufre (sufrirá) las consecuencias del cambio climático. Además, existe mucho desequilibrio ecológico entre nosotros, como el uso del agua: la costa, que alberga el 55 % de la población, solo dispone del 2 % del agua del país. Necesitamos un diálogo serio y constructivo a nivel personal, regional, nacional e internacional. Un diálogo con compromisos claros. Un diálogo en el que todos beban de la misma espiritualidad ecológica.

g) La política internacional y local debe asumir seriamente su responsabilidad

La manera más correcta de asumir una responsabilidad ecológica es actuar. Actuar es crear una conciencia social, asumir un compromiso a nivel personal y comunitario, a nivel social e internacional. Y el criterio propuesto para saldar

este vacío actual proviene de la *espiritualidad ecológica*, que con sus distintos matices, no es sino fruto de una *conversión ecológica*. Subrayemos solo uno de los tantos matices ecológicos que toca de cerca al rico y al pobre, pues no se trata de una filosofía utópica, sino todo lo contrario. Debemos apostar, por ejemplo, por un *nuevo estilo de vida*, como plantea Francisco en su encíclica. Este es el nuevo compromiso político, a nivel personal e internacional, y los principales beneficiados serán la humanidad y la madre tierra, de la cual vivimos.

Por otro lado la política, como compromiso internacional y entre los países industrializados, debe tomar en serio el discurso del impuesto ecológico mundial, el impuesto de gas de efecto invernadero y los que emiten CO² en la atmósfera. Caso contrario el discurso será demasiado gaseoso. Solo como ejemplo, en el foro internacional sobre el *cambio climático* que se hizo en la ciudad del Cusco, en el cual hemos participado, (como en tantos otros foros ecológicos) las credenciales que nos entregaron para llevarlo en el pecho eran de plástico, que es un material muy antiecológico. Sucede lo mismo cuando se consume bebidas en poliestireno o tecnopor, que no son solo dañinas para el medioambiente sino también para la salud humana; o cuando producimos demasiada basura, por ejemplo, consumiendo en McDonald's. Ecología, como la política, es sinónimo de acción.

Insistamos, entonces, que es urgente una *conversión ecológica*. Porque, afirma el Papa verde, «La cultura ecológica no se puede reducir a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas que van apareciendo en torno a la degradación del ambiente, al agotamiento de las reservas naturales y a la contaminación. Debería ser una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático. De otro modo, aun las mejores iniciativas ecologistas pueden terminar encerradas en la misma lógica globalizada. Buscar sólo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial» (2015: n. 111).

Referencias

- BOFF, L. (2011). *Ecología. Grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.
- CHIAVACCI, E. (1986). «La nozione de persona nella “Gaudium et Spes”». *Studia Moralia* 24/1, pp. 93 -114.
- FRANCISCO, Santo Padre (2013a). *Discurso del Papa Francisco a los periodistas*. Recuperado de: <https://es.catholic.net/op/articulos/16531/cat/24/discurso-del-papa-francisco-a-los-periodistas-16-marzo-2013.html>.
- FRANCISCO, Santo Padre (2013b). *Evangelii Gaudium. Exhortación apostólica a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos sobre el Anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Roma: Tipografía Vaticana.
- FRANCISCO, Santo Padre (2014). *Discurso del Papa Francisco a la FAO con motivo de la II Conferencia sobre nutrición*. Recuperado de: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141120_visita-fao.html
- FRANCISCO, Santo Padre (2015). *Carta encíclica Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*. Roma: Tipografía Vaticana.
- FRANCISCO, Santo Padre (2016). *Amoris Lætitia. Exhortación apostólica a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos y a todos los fieles laicos sobre el Amor en la Familia*. Roma: Tipografía Vaticana.
- HABERMAS J. y J. RATZINGER (2008). *Entre razón y religión. Dialéctica de la secularización*. México: FCE.
- HELPMAN, E. (1998). *General Purpose Technologies and Economic Growth*. Cambridge: MIT Press.
- JUAN PABLO II (2001). «El compromiso para evitar la catástrofe ecológica». *Audiencia General* del 17.01.2001.
- KÖRNER F. (2017). «Dialogo come collaborazione. Come nella casa comune tutto é in relazione». En Yañez, H.M. (editor). *Laudato si'. Linee di lettura interdisciplinari per la cura della casa comune*. Roma: GBPress, pp. 115-138.
- MARCON, G. (2015). *Langer: la conversiones ecologica*. Milano: Jaca Book.
- ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS (2009). *Carta de la Tierra*. La Haya: ONU.
- QUISPE C. (2013). «La fe en nuestro contexto actual». *Revista Teológica Limense* vol. XLVII, nro 2 – 2013, pp. 235-254.
- VIALE, G. (2011). *La conversione ecologica. The is no alternative*. Rimini: Nda Press.
- WHITE, L. (1967). «The historical roots of our ecologic crisis». *Science*, vol 155; pp. 1203-1207.

- XALXO P. (2017). «Da Evangelii Gaudium a *Laudato si'*. Prospettive pluriformi del pensiero del Papa Francesco». En Yañez, H.M. (editor). *Laudato si'. Linee di lettura interdisciplinari per la cura della casa comune*. Roma: GBPress, pp. 223-244.
- YAÑEZ, H.M. (2017). «Verso una coscienza ecologica». En Yañez, H.M. (editor). *Laudato si'. Linee di lettura interdisciplinari per la cura della casa comune*. Roma: GBPress, pp. 295-316.